

miseriordes, modesti, humiles, non reddentes malum pro malo, nec maledictum pro maledicto, sed è contrario benedicentes: quia in hoc vocati estis, ut benedictionem hereditate possideatis. Qui enim vult vitam diligere, et dies videre bonos, coerceat linguam suam à malo, et labia ejus ne loquantur dolum. Declinet à malo, et faciat bonum: inquirat pacem, et sequatur eam. Quia oculi Domini super justos, et aures ejus in preces eorum: vultus autem Domini super facientes mala. Et quis est qui vobis noceat, si boni æmulatores fueritis? Set et si quid patimini propter justitiam, beati. Timorem autem eorum ne timueritis, et non conturbemini. Dominum autem Christum sanctificate in cordibus vestris.

«Aunque S. Pedro dirige su Epistola á todos los judíos que habian abrazado la fe de Jesucristo, no por esto ha dejado de tener presentes tambien á los gentiles convertidos; y el fin que se ha propuesto, que es el confirmar en la fe á los fieles, consolarlos en sus aflicciones, é inclinarlos á que lleven una vida santa y perfecta, conviene á todos.»

REFLEXIONES.

Evite el mal, y obre el bien. Contentarse con evitar el mal sin hacer el bien, no fué jamás una vida cristiana. ¿Qué señor

se acomodaria con un siervo que se contentase con no injuriarle, ni hacer pedazos sus muebles, sin quererle prestar ningun servicio, ni serle bueno para nada? En nuestra religion no basta no ser malo, es menester ser bueno. Siempre es un gran mal el no hacer el bien que debe hacerse. El siervo haragan de quien se ha hablado en el Evangelio, no fué condenado por haber hecho mal uso de su talento, sino solo por no haberle hecho producir poniéndole en el banco; y las vírgenes necias permaneciendo vírgenes no fueron rechazadas por el divino Esposo de la sala del festin, sino por haberse dormido cuando debieron hacer sus provisiones. ¡Qué de cristianos tendrán la misma suerte, por no haber sido mas laboriosos, por no haber sido mas sabios! El vicio inunda, es verdad; el libertinaje cunde en todas las edades, en todos los sexos y en todos los estados; pero al fin la disolucion no es universal; bay verdaderos israelitas, aun en medio de Babilonia: pero entre los fieles, ¿es pequeño el número de vírgenes necias, y de siervos haraganos? Evítase el mal, tiene uno un testimonio secreto de que no ha hecho agravio á nadie. No remuerde la conciencia ni de injusticias, ni de impurezas, ni de calumnias; pero ¿esta conciencia tan tranquila sobre el mal que no ha hecho, está muy consolada sobre el bien que debia hacer? Asegúrase uno porque no es tan perverso como otros muchos; pero ¿tendrá motivo para estar seguro por el número y el mérito de las buenas obras que no se han hecho? El pecado causa remordimientos y merece castigos; pero ¿es menos pecado la falta de virtud en aquel que está obligado á cumplir todos los deberes de la justicia? Un hereje, un pagano puede evitar el mal; pero un cristiano ¿puede salvarse sin buenas obras? El siervo fiel es recompensado con la bienaventuranza eterna, porque ha llenado con puntualidad hasta las mas pequeñas obligaciones, y el título que da derecho á todos los elegidos á la herencia del Padre celestial es el haber visitado á los pobres enfermos y á los encarcelados, y haber santificado sus dias con el ejercicio de las obras de misericordia. ¡Buen Dios! ¿qué error el imaginarse que basta evitar el mal, sin obrar el bien! ¡Y cuántas personas seculares, acaso tambien eclesiásticas y religiosas, serán escluidas de la mansion de los bienaventurados, por no haber hecho el bien que Dios exigia de ellas! ¡Que de acciones de piedad omitidas! ¡Cuántas buenas obras descuidadas! ¡cuántos actos de virtud, cuántas obligaciones del estado olvidadas! El padre de familias no quiere siervos desidiosos; recompensa á la verdad á los últimos que han llegado, tan liberalmente alguna vez como á los que han trabajado desde la pri-

mera hora; pero todos han trabajado, todos se han hecho dignos del salario por su fervor y por su piedad. *La recompensa que yo tengo de dar, dice el Señor, está conmigo, para dar á cada uno segun sus obras. (Apoc. 22.) No se lleva la corona sino el que ha combatido segun las reglas con que debe hacerlo. (2. Timoth.)*

El Evangelio de la misa de este dia es tomado del cap. 5 de S. Mateo.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Nisi abundaverit justitia vestra plus quam scribarum et pharisæorum, non intrabitis in regnum cælorum. Audistis, quia dictum est antiquis: Non occides: qui autem occiderit, reus erit judicio. Ego autem dico vobis: quia omnis, qui irascitur fratri suo, reus erit judicio. Qui autem dixerit fratri suo, raca: reus erit concilio. Qui autem dixerit fatue: reus erit gehennæ ignis. Si ergo offers munus tuum ad altare, et ibi recordatus fueris, quia frater tuus habet aliquid adversum te, relinque ibi munus tuum ante altare, et vade prius reconciliari fratri tuo: et tunc veniens offers munus tuum.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si vuestra virtud no es superior á la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habeis oido que se ha dicho á vuestros antepasados: No matarás; mas el que matare (á su prójimo) merecerá ser condenado en el tribunal del juicio. Yo empero os digo, que cualquiera que se encoleva contra su hermano, merecerá ser condenado por el tribunal del juicio. El que dijere á su hermano (para injuriale) necio, merecerá ser condenado por el tribunal del consejo; y el que le llamare insensato, merecerá el suplicio del fuego. Así que, si presentando vuestra ofrenda al altar os acordáreis que vuestro hermano tiene algun motivo de queja contra vosotros, dejad allí vuestra ofrenda delante del altar, é id antes á reconciliaros con vuestro hermano, y entonces volved en seguida á presentar vuestra ofrenda.

MEDITACION.

De la caridad que debe tenerse con el prójimo.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no hay cosa que Jesucristo haya recomendado tanto, despues del mandamiento de amar á Dios, como el de amar á nuestro prójimo, llegando hasta cuasi equiparar estos dos preceptos. *Amaras á tu prójimo como á ti mismo.* Sin embargo, acaso no hay precepto mas mal observado que este. ¿Amase al prójimo como se ama uno á sí mismo? Consideremos el amor que nos tenemos á nosotros mismos, y podremos fácilmente comprender cual es la caridad que tenemos con nuestro prójimo. ¡Qué atencion, buen Dios, para conservar y para aumentar nuestra hacienda! ¡Qué solicitud para procurarnos el placer, y todo cuanto gusta al amor propio! ¡Qué indulgencia para con nosotros mismos! ¡Qué delicadeza sobre el punto de honor! ¡Con qué rigor sostiene uno sus derechos y sus intereses! ¡Con qué estima miramos nuestra reputacion! Siempre alerta contra todo lo que puede dañarnos; siempre industrioso para buscar todo lo que nos puede acomodar, y para echar fuera todo lo que puede inquietarnos y darnos pena. Jamás se halla satisfecho nuestro amor propio, así es que siempre está trabajando por satisfacerse. Nuestros deseos crecen con los años, y puede decirse que nuestro amor propio no envejece nunca. Este amor, pues, tan ardiente de nosotros mismos debe ser, segun el mandamiento del Señor, la medida, y como el modelo del amor que debemos tener al prójimo: juzguemos, pues, por nuestra conducta y nuestros sentimientos del amor que tenemos á nuestros hermanos. ¿Hubo jamás una indiferencia mas comun? ¿una frialdad mas constante? ¿una insensibilidad mas dura? ¿un olvido mas universal y mas marcado? ¡Qué sensibilidad en nuestros mas pequeños males! ¿es igual la que tenemos en los males del prójimo? ¿nos conmovemos mucho á la vista de sus miserias? ¿qué parte tomamos en sus adversidades? ¿qué regocijo en su prosperidad? Digamos mas bien lo que con poca frecuencia experimentamos, ¡qué disgustos, qué despecho, qué envidia no nos causa! ¿y no es efecto de una secreta antipatia? lo que inspira todos estos sentimientos tan poco cristianos es la pasion, es la disposicion de un corazon maligno lo que los produce. No se ama al prójimo, si no se le ama como á sí mismo; no se le ama, digámoslo mas exactamente, se le aborrece. De aquí la indiferencia, la insensibilidad, el disgusto, la dureza que

llega alguna vez á producir un gozo maligno en sus desgracias. De aquí las palabras duras, los términos ofensivos, las injurias que el Señor condena á suplicios tan crueles. Qué os parece, ¿este segundo mandamiento, semejante al primero, amarás á tu prójimo como á ti mismo, se guarda como se debe? ¡Buen Dios! si cualquiera que se encoleriza contra su hermano merece ser condenado por el tribunal del juicio, esto es, á una pena muy rigurosa; si cualquiera que dice á su hermano, necio, merecè ser condenado por el tribunal del consejo, es decir, á uno de los castigos mas crueles; si el que le llamare insensato merecè el suplicio del fuego, ¿qué deben esperar los maldicientes, los calumniadores, los que desgarran la reputacion del prójimo y ennegrecen á sus hermanos? ¡Ah Señor! ¡á cuántos condenará la falta de caridad!

PUNTO SEGUNDO. — Considera lo que dice S. Juan: El que no ama á su hermano, esto es, á su prójimo, está en estado de muerte. ¡Cuántos viven en el pecado! Sin duda este estado de pecado es el que ha hecho decir á Jesucristo, que si al presentar vuestra ofrenda al altar os acordais que vuestro hermano tiene alguna cosa contra vosotros, esto es, que le hubiereis dado motivo para incomodarse, le hubiereis causado algun disgusto, ó algun sinsabor, ya con vuestras palabras, ya con vuestra conducta, debeis dejar vuestra ofrenda delante del altar, ir antes á reconciliaros con vuestro hermano y venir en seguida á presentar vuestra ofrenda; sin esto aun cuando ofrecieseis toda vuestra hacienda al Señor, seria rechazado vuestro presente, vuestra ofrenda seria reprobada. ¿Qué deben pensar, segun esto, aquellos cristianos duros, vengativos, llenos de hiel contra su prójimo, qué deben pensar de sus pretendidas buenas obras? ¿Y con qué cara, con qué impudencia se atreven á acercarse al altar ó á la sagrada mesa, teniendo un corazon helado para con sus hermanos y hasta lleno de ira contra el prójimo? ¡Qué error el creerse en buena conciencia, y que se vive con unas disposiciones cristianas, porque no se aborrece al prójimo, porque no se le hace ningun agravio, sino que solo se le mira con la mayor indiferencia! *El que no ama, está en un estado de muerte.* No basta, pues, el no quererles mal, es menester tambien quererles bien y hacerles bien. No basta el no estar irritados con ellos, es necesario tener con ellos una caridad ardiente y benéfica; es preciso, en fin, que el amor que nos tenemos á nosotros mismos, sea la medida y el modelo de la caridad que debemos tener á nuestro prójimo. ¡En qué lamentable estado se hallan,

pues, todos los que conservan una frialdad habitual con el prójimo! ¡Buen Dios! ¡á cuántos condenará la falta de esta caridad cristiana!

No quiero yo, Señor, ser de este número, y yo espero, mediante el auxilio de vuestra gracia, amar de hoy en adelante á mi prójimo como me amo á mi mismo, y mi conciencia no será ya engañada por mi propio corazon.

JACULATORIAS. — Sí, Señor, yo estoy persuadido que el que no ama á su prójimo, se halla en un estado de muerte. (*Joan. 3.*) Si nos amamos mutuamente, yo sé, ó Dios mio, que vos habitais en nosotros. (*1. Joan. 4.*)

PROPOSITOS.

1 No solo está resfriada el dia de hoy la caridad, puede tambien decirse que está estinguída; aun entre los que componen una misma familia es muy rara. ¿Vióse nunca mas indiferencia, mas antipatía, menos caridad? Si esta virtud consistiese en cumplimientos y en vanos ofrecimientos, no seria muy rara; jamás hubo siglo mas culto, mas cortesano, ni mas fecundo en ostentosas hazañerías de amistad, pero conócese hoy esta jerga; ella no es otra cosa que un comercio de ficcion y de monada, y cada cual se paga en la misma moneda. En el fondo no hay mas que disimulo, hipocresía. Mirad con horror este vicio tan general y tan contrario al espíritu del cristianismo. Acostumbraos á tener una verdadera caridad con vuestros hermanos, no esceptueis á ninguno, y en toda ocasion que se ofrezca dadles pruebas de ella. La verdadera caridad es siempre efectiva. Una caridad estéril no fué nunca verdadera caridad.

2 Tened un corazon tierno y sensible á las miserias de otro; regocijaos en su prosperidad, tomad parte en todas sus aflicciones y complaceos en consolarle en su miseria. No habéis nunca mal de nadie, imponeos una ley de escusar hasta sus mayores defectos. Un corazon verdaderamente cristiano fija poco su atencion en la diferencia de condiciones cuando se trata de hacer un servicio. ¡Cosa estraña! vense gentes que van á servir á los pobres en los hospitales, y se creieran deshonoradas si fuesen á visitar á un pariente pobre; desde luego que se tiene aceptacion de personas, no hay ya caridad. Tened una caridad tierna y compasiva á vuestros domésticos; son tambien hermanos vuestros. Estended este amor benéfico á todas las personas alligidas, y en particular á los parientes pobres, á los pobres vergonzantes, y á los pobres presos.